WILLA CATHER

*Marcela Rodríguez Loreto**

124

El encuentro de Truman Capote con Willa Cather sucedió, desde luego, muchos años atrás. Ambos solían ir a la misma biblioteca pública en Manhattan. Cuando era una actividad muy normal visitar las bibliotecas y pasar varias horas entre sus muros sin necesidad de ser un estudiante en busca de información para cumplir con alguna tarea. Capote veía con frecuencia a esa señora mayor, bien vestida, siempre sola. Y finalmente en una tarde de invierno el encuentro se dio. No es difícil adivinar sobre qué podría versar la plática. Escritores y lecturas por las que sentían debilidad. Cuando Capote respondió que su escritora preferida de entre los contemporáneos era una tal Willa Cather, es de suponer que pocas cosas han de agradar más

a un *outsider* que ser conocido sin ser reconocido.

De origen irlandés, Willa Cather nació en Winchester, Virginia, en 1876. Cuando tenía ocho años la familia se mudó a un pueblo llamado Red Cloud en Nebraska. Era la época de la primera gran colonización por parte de inmigrantes checos y escandinavos, en una región que años atrás había sido frontera con México:

La señora Tellamántez sonrió y dijo algo en español a Johnny.

—Sí —respondió su marido, traduciendo—, en México dicen mata a la serpiente pero no la ofendas. En la región caliente, muchacha —dijo mirando a Thea— la gente tiene serpientes domesticadas en casa para que maten las ratas y los ratones. Le ponen una alfombrilla junto al fuego y por la noche las serpientes se enroscan ahí junto a la familia, todos tan amigos.

* Licenciada en Periodismo por la escuela Carlos Septién García.

Gunner resopló con repugnancia.

—Pues a mí eso me parece una porquería mexicana para limpiar la casa, para que lo sepas.

Johnny se encogió de hombros.

—Es posible —murmuró—. Una vez cruzan la frontera los mexicanos aprenden a dejar que los insultos les pasen por encima o por debajo. (*El canto de la alondra*.)

Red Cloud era el desierto, las líneas ferroviarias, los pioneros, los mexicanos que habitaban en la región desde siempre, el Red Cloud Opera House a donde llegaban las compañías de ópera cuando se embarcaban en maratónicas giras. Este recinto es definitivo para Willa Cather, pues allí llegó a actuar y a leer sus primeros escritos debidos a actividades escolares, y por la influencia que la música, en especial la ópera, ejercería en su vida. Red Cloud.

La primera opción que Cather consideró para hacerse con ello una vida, no fue la música ni la literatura. En realidad para una señorita en aquellos años lo más normal era no plantearse ninguna disyuntiva respecto a ejercer un oficio ajeno al canon. Willa Cather decidió vestirse de hombre y asistir a la Universidad de Lincoln para estudiar medicina utilizando el nombre de uno de sus tíos, William Sibert Boak (dejando de paso su verdadero nombre: Willela).

Willa Cather comenzaría a publicar a partir de que uno de sus profesores —quien la calificaría de obcecada y terca— decidió por cuenta propia enviar a un diario uno de los ensayos de Willa. Cuando acabó sus estudios, Willa Cather era experta en ciencias pero ejerció como profesora universitaria de literatura en Pittsburg. Y esto tampoco era lo suyo. Se instaló en Nueva York donde la *McClure's Magazine*, revista que le había publicado varios relatos, tenía sus oficinas. Mr. McClure le ofreció el puesto de redactora y asistente editorial y ella se dedicó por entero a este nuevo trabajo. Incluso antes de partir para Nueva York deshizo en pedacitos el manuscrito de un libro ya terminado. Durante cinco años por lo menos no volvió a publicar nada de su propia mano.

Después de siete años de trabajo en *McClure's Magazine* se edita su primera novela, *Alexander's Bridge* (1912); la exitosa *O Pionners!* aparece al año siguiente. En esta novela introduce el que habría de ser uno de sus temas centrales, el mundo 'vitalista y magnánimo' de los colonos en el que había transcurrido su infancia y, como su nombre lo indica, establece deliberadamente parentesco con la obra de Walt Whitman. *El canto de la alondra* (1915) es una novela épica, en ella se forja el sueño americano cumplido; ésta y *Mi Anto-*

nia (1918) tienen como protagonista a una mujer enfrentada al cumplimiento ineludible de su deber, así como otras rutas que la propia Willa Cather hubo recorrido.

Los años que median entre la última publicación de un relato suyo, y la aparición de su primera novela, sirvieron de nutriente para la escritora que en ningún momento dejó de ser. En promedio cada tres años se le editaba una nueva novela. Pero así como *O Pionners!*; *One of the Ours* (1922) sobre la guerra europea, por la que recibió el premio Pulitzer; o *The Professor's House* (1925) acerca de los cambios en la vida cotidiana de Estados Unidos, la mantuvieron entre los escritores más leídos, paralelamente comenzó a recibir críticas de los especialistas y de sus propios colegas. Había una razón para ello: ante la pulcritud estilística y 'su apego al decoro' en la narración, estaba el afianzado grupo de jóvenes escritores que marcaría la modernidad, conocidos como *generación perdida*. Hay que aunar un ambiente de izquierda que la tildaba de conservadora nostálgica. Sin embargo, mientras Hemingway la desdeñaba William Faulkner la admiraba.

Los postmodernos (entiéndase para el caso *generación beat*) habrían de darle una segunda oportunidad. No podrían llevarla más allá del sello 'escritores de culto'. La reticente

escritora intentaba eludir cualquier popularidad. Ocultó su vida privada hasta el punto que las cartas que no consiguió quemar antes de su muerte permanecen embargadas quedando prohibida su publicación.

Mi enemigo mortal (1926), es una novela breve donde la protagonista Myra Driscoll, es desterrada del esplendor de la vorágine del corazón de Nueva York hacia sus límites en la costa del Pacífico; una elección que en principio parecía afortunada y temeraria y que hizo de la protagonista una leyenda, al final parece reducirse a una puesta de sol, muy luminosa y diáfana mas inevitablemente perecedera.

Para cuando se edita *La muerte llama al Arzobispo* (1927), la vida de un santo, un misionero francés en el sudoeste norteamericano, Willa Cather ha alcanzado un estilo cada vez más depurado, abstracto o complejo, sensual; y para adjetivar aún más, delicado y escrupuloso. Refinado. *En Shadows on the Rock* (1931), ella seguirá profundizando en historias donde está en juego la integridad y la exigencia personal; las elecciones personales y la fidelidad a uno mismo por sobre todo.

La música es una de las constantes en la narrativa de Cather. *El canto de la alondra* es la historia de Thea Kronborg, una muchacha de origen sueco, con un talento fuera de lo

común y una individualidad indomable, que llegará a ser una gran cantante wagneriana; está inspirada en gran medida en la vida de Olive Fremstad. Aunque la primera ópera que interpreta Thea es *Orfeo y Eurídice*, de Gluck. La escritora aquí toma prestado un episodio real, según el cual nadie ha vuelto a cantar el papel de Orfeo como Pauline Viardot, que Berlioz, en la transcripción de la ópera de Gluck, había pasado de tenor a mezzosoprano. Cuando trabajaban juntos en la partitura, Berlioz se enamoró de Pauline como en la novela su maestro se enamora de Thea.

En *Mi Antonia*, la autora creó para el viejo violinista Shimerda, una escena a raíz de que había acabado de escuchar a Bernhardt, y, diría, ‘la magia de su voz estaba todavía en mis oídos’. Por aquellos días temía que la gente fuera justo como era, es decir no lo suficientemente buena, sentía que debía arreglarla, embellecerla; hizo del viejo violinista un excelente primer violín de orquesta. Cather adornó la escena para él, sin darse cuenta que justo como él era, era suficientemente bueno para todos. No era un violinista, sólo era un *fiddler*—de los que tocan el violín sobre todo en el género folk—y ni siquiera muy bueno. En *One of the Ours* había retratado a la gente justo como es y curiosamente le valió el Pulitzer.

Con todo y las opiniones divididas que en su momento pudo suscitar, hacia 1931 las universidades de Nebraska, Michigan, California, Columbia, Princeton y Yale le habían otorgado distintos grados honorarios; y no era raro que se hiciera referencia a ella como a uno de los más grandes escritores norteamericanos vivos.

Willa Cather vivía en una suite de hotel en la Quinta Avenida. Los veranos solía visitar a una pareja de amigos en New Hampshire y en esas temporadas estivales escribió algunas de sus mejores obras. Sus anfitriones eran Isabelle McClung, a quien dedicó *El canto de la alondra*, y Jan Hamburg, un músico al que Willa debió buena parte de sus conocimientos musicales. Además de maestra, articulista y editora, fue una buena viajera, sobre todo tierra adentro; había una localidad llamada Mesa Verde, en Taos, a la que le gustaba regresar y donde alguna vez departió con Mabel Dodge y D.H. Lawrence. Aunque se sabe que vivió con una mujer durante cuarenta años, hizo falta una Alice B. Toklas que nos regalara un legajo de memorias.

Algunos estudiosos consideran que la manera más exitosa para el desarrollo de un autor es sacarlo de su ambiente a la edad en que son más impresionables. Esa edad es antes de

NOTAS

los diez años. Willa Cather salió de Virginia a los ocho años, y quién sabe si sólo se trate de una coincidencia.

Murió en 1947. Está enterrada en el jardín de aquella casa de New Hampshire.